

A. Ginzo Fernández (Ed.): *Hegel y los Jóvenes Hegelianos*. Madrid. CSIC, 2021, 337 pp.

Francisco Castilla Urbano  
(Universidad de Alcalá)

Esta selección de textos de los Jóvenes Hegelianos sobrepasa en dos sentidos, al menos, el trabajo recopilatorio que se desprende de su título. Por una parte, el libro se ensancha con escritos de autores que, sin pertenecer en sentido estricto al movimiento neohegeliano, le preceden, complementan y acompañan hasta lo que se podría considerar la clausura de la forma de pensar que representan sus miembros. Es el caso del propio Hegel, del que acaso fuera su discípulo más destacado, Eduard Gans, y de Heinrich Heine y Max Stirner. Por otra parte, la selección viene precedida de un amplio estudio introductorio (pp. 11-135) en el que se da cuenta del contexto religioso, metafísico y político de la época final de Hegel y del hegelianismo consiguiente. Gracias al mismo se hacen comprensibles las propuestas de autores como Ludwig Feuerbach, David Friedrich Strauss, Bruno Bauer, Arnold Ruge o Karl Marx, que parten de la obra del gran filósofo y se van alejando paulatinamente de lo que esta representa. Por si no fuera suficiente, además de los textos de unos y otros y los comentarios del editor, la edición incluye un importante y representativo grupo de autores que con sus escritos más breves iluminan todavía más el período estudiado y transmiten los sentimientos con los que se vivió la muerte de Hegel: la mayor parte de ellos experimentaron esta como el final de un tiempo y de una forma de interpretar y entender la realidad en su sentido más amplio.

La trayectoria del editor de esta selección de textos avala el interés de su trabajo. A sus muchos años de docencia como catedrático de enseñanza media, en la Universidad Complutense de Madrid y en la de Alcalá, se añaden sus numerosas publicaciones. Sin mencionar sus artículos, no son pocos sus libros relacionados con el asunto que ahora nos ocupa: sus ediciones de Friedrich Schleiermacher, *Sobre la religión. Discursos a sus menospreciadores cultivados* (Tecnos, 1990), *La Ilustración francesa. Entre Voltaire y Rousseau* (Ediciones Pedagógicas, 2002), y de G. W. F. Hegel, *El concepto de religión* (FCE, 1981) y *Escritos pedagógicos* (FCE, 1991-2019, 3ª ed.); sus estudios sobre *Ludwig Feuerbach (1804-1872)* (Ediciones del Orto, 1995), *Protestantismo y filosofía. La recepción de la Reforma en la filosofía alemana* (Universidad de Alcalá, 2000) y *El legado clásico. En torno al pensamiento moderno y la antigüedad clásica* (Universidad de Alcalá, 2002).

Con estos antecedentes no puede sorprender que tanto el análisis como la selección que el libro ofrece constituyan una excelente presentación de una filosofía que quizá es más importante por los caminos que abre que por su aportación intrínseca, salvando la excepcional figura de Marx, cuya contribución y herencia sobrepasa cualquier límite. De lo que no cabe duda es del interés de estos filósofos: su conocimiento resulta decisivo para comprender la trayectoria del pensamiento de, al menos, los cien años siguientes. Buena prueba de ello son, además de su influjo sobre el primer Marx, las alusiones del editor de la obra a la influencia inmediata que habrían de ejercer, especialmente Max Stirner, sobre Nietzsche (p. 121) y al diagnóstico de “Habermas cuando señala que seguimos permaneciendo contemporáneos filosóficos de los Jóvenes Hegelianos, en el horizonte que alumbraron una vez desaparecido el maestro” (p. 131). Si a todo esto se une que, en castellano, no existía ninguna otra edición sobre estos autores desde la de Jaime Franco, *Jóvenes Hegelianos. Textos sobre cuestiones histórico-políticas* (Ediciones Libertarias, 1997), se comprende el interés y la oportunidad de la publicación.

Arsenio Ginzó detalla en su introducción que la sensación de crisis ideológica que se experimenta tras la muerte de Hegel ya había sido objeto de la propia atención del maestro. Sin embargo, la finalización de una manera tradicional de ver el mundo solo se eleva a categoría con el acontecimiento que supone su desaparición. Apenas un quinquenio después de esta, la publicación de *La vida de Jesús* de David Strauss viene a poner de manifiesto lo que estaba latente: la división de los seguidores en tres grupos, de los que los Jóvenes Hegelianos van a constituirse como la izquierda del movimiento, con claro rechazo del centro y la derecha. De estos, son los identificados como centristas, K. Rosenkranz y E. Gans, los que probablemente hacían un seguimiento de las ideas de Hegel más coherente con sus doctrinas, mientras que la derecha hegeliana, a falta de una aceptación más fiel o creativa de su pensamiento, gozaba de mayor asentimiento y reconocimiento por parte de las autoridades.

La reflexión crítica de la izquierda, que parece haberse centrado inicialmente sobre la religión, se ve claramente ligada a la política, extendiéndose con posterioridad a la totalidad del pensamiento, sin que resulte muy claro establecer cuándo se produjo la prevalencia de la segunda sobre la primera, acaso, como dice el introductor porque “la esfera religiosa y la política acaban mostrando una interconexión más profunda de lo que pudiera parecer a primera vista, y también de lo que con frecuencia se ha solido afirmar” (p. 12).

Lo cierto es que la evidente preocupación religiosa que aparece en los *Pensamientos sobre la muerte y la inmortalidad* de Feuerbach, que se publican en 1830, un año antes de la muerte de Hegel, ya lleva en su seno los primeros síntomas del interés por la inmanencia del individuo. Al dirigir el pensamiento

a su existencia terrenal finita, *del cielo a la tierra*, el infinito queda en un segundo plano, posición de la que irá siendo desplazado hasta desaparecer del horizonte de los Jóvenes Hegelianos. Al menos, de sus prioridades, puesto que su filosofía nunca dejará de permanecer anclada en el ámbito de la conciencia, sin acabar de convertirse en sentido estricto *de crítica del cielo en crítica de la tierra*, como les reprochará Marx, que muy pronto comenzará a ver en su pensamiento más que lo que aportaba, lo que echaba de menos: su alejamiento de la verdadera realidad y de su intento de transformación.

A pesar de las importantes diferencias que irán surgiendo entre los intérpretes de ese hegelianismo de izquierdas e incluso de sus querellas internas, en todos ellos, incluido el mismo coautor de *La ideología alemana*, tal vez no deje de haber nunca, de una manera u otra, con su plasmación terrenal en forma de paraíso comunista o de una razón iluminada, una cierta nostalgia de lo Absoluto. Algo en lo que curiosamente parecen coincidir desde épocas y marcos de pensamiento absolutamente dispares dos autores que parece obligado mencionar a este propósito: el antiguo estudiante de Teología Max Stirner, del que ya se ha dicho que se incluyen algunos textos muy representativos en esta selección, y George Steiner, cuya obra, que lleva precisamente el título de *Nostalgia del Absoluto* (Siruela, 2001 [1974]), se centra en lo que ocurre tras la pérdida de la religión tradicional con sus alternativas laicas.

Desde luego, antes de que esa disolución del movimiento se produzca, la preocupación religiosa es una constante que ya viene de Hegel, él mismo antiguo estudiante de Teología. Sus discípulos Strauss, Feuerbach y Bauer, los más veteranos de los Jóvenes Hegelianos, también han comenzado sus carreras como estudiantes de Teología. Su abandono de estas enseñanzas no impide que sus estudios filosóficos estén impregnados de esas inquietudes e incluso que algunas de sus iniciativas sean valoradas desde la perspectiva de la evolución religiosa alemana. En este sentido, dentro del proceso de secularización que está teniendo lugar con el avance de la Edad Moderna y que alcanza su máxima profundidad durante el Siglo de las Luces, la filosofía se ofrece para ellos como el instrumento capaz de llevar adelante una segunda Reforma, esta vez verdaderamente liberadora de las conciencias, como la primera se supone que liberó a los espíritus del dogmatismo de la Iglesia romana.

A su vez, esa visión iba a compaginarse con la influencia del legado de la Ilustración, con cuyas aspiraciones se van a comprometer los Jóvenes Hegelianos, tras el intervalo de la filosofía de Hegel, para llevarla a la situación que reclamaba la Alemania de su época. Una Alemania que, bajo predominio prusiano, se identifica más con la ideología de la Restauración que con ninguna otra y, por lo tanto, se ofrece más como un obstáculo que como un impulso o, por lo menos, como una senda que hiciera posible el triunfo de los valores ilustrados.

A lo desfavorable de la situación política hay que añadir la frustración que se produce en los proyectos vitales y, en concreto, en la carrera y expectativas universitarias de los Jóvenes Hegelianos. Feuerbach no encontró acomodo en la universidad, Strauss no pudo comenzar sus clases en la de Zúrich, a pesar de haber sido contratado para impartir Teología, y Bruno Bauer fue destituido de su puesto en Bonn en 1842. Marx, que estaba destinado a asimilar y superar con más brillo que nadie el pensamiento de estos autores y el del mismo Hegel, supo interpretar esos acontecimientos a pesar de que suponían una decepción respecto de lo que había deseado: con sus planteamientos, si es que no era suficiente obstáculo su origen judío, su destino no podía resolverse como profesor de universidad.

Los escritos y actitudes de los Jóvenes Hegelianos, tanto en lo religioso como en lo político, les enfrentaban cada vez más con unas autoridades que, bajo el mandato de Federico Guillermo IV, estaban decididas a imponer el conservadurismo sin ningún complejo por los medios a adoptar para conseguirlo. Con posterioridad, Marx y Engels criticarían a sus antiguos compañeros por lo que consideraron insuficiencias de su filosofía, pero lo cierto es que contribuyeron a sentar las bases de una forma de pensamiento que rompía con muchos de los supuestos del pasado y abría el camino a nuevos planteamientos. Si no hubiera sido así, su destino profesional habría transcurrido con mucha mayor placidez.

Arsenio Ginzó muestra en su estudio preliminar no solo cómo la crítica religiosa inicial de los Jóvenes Hegelianos se transforma en ataque político a las otras interpretaciones del hegelianismo, a las actitudes de las autoridades y a la evolución de las instituciones, sino también cómo esta beligerancia se va a volver de nuevo hacia la religión. Una nueva interpretación de la Reforma encuentra así, en la denuncia de su insuficiencia, un punto de apoyo para superarla definitivamente. La secularización había dado pasos decisivos durante la Ilustración, pero con su análisis quienes se consideraban con justicia herederos de esta van a cortar definitivamente lo que quedaba de la herencia de lo que un día fue considerado un movimiento liberador de las conciencias. Los que todavía militaban en el campo de la creencia religiosa, que reconocieron casi de inmediato lo que significaban sus escritos, quisieron responder desde el pensamiento a su desafío. Las autoridades, que no fueron menos conscientes del peligro, respondieron con su censura y ostracismo. Dieron, además, rienda suelta a un pensamiento más reaccionario que conservador, que, en la persona de Friedrich Julius Stahl, vino a clausurar lo que pudiera quedar de hegelianismo en las universidades y en la propia conciencia del Estado. El resultado, por si no fuera suficiente una radicalización creciente de los herederos de Hegel y una clara conciencia del retroceso político en el que estaba inmersa Alemania, fue una visión diferente de la Reforma protestante, que la reflexión filosófica más

renovadora, salvando la interpretación de Stirner, equiparó en lo sucesivo a la dogmática Iglesia romana.

El volumen se completa con una no excesiva pero sí selecta bibliografía, que también revela la familiaridad y el buen criterio de su editor con el asunto que le ocupa.

La claridad y el conocimiento del tema que muestra el estudio introductorio de la obra permiten presentar la síntesis del pensamiento de los Jóvenes Hegelianos de forma accesible y ese mérito ya sería suficiente como para recomendar su lectura. No obstante, si hay que añadir algún otro elemento elogioso para esta obra, quizá el que se hará más evidente a cualquiera que la disfrute es que quien recorre sus páginas queda invitado a profundizar en el pensamiento de los neohegelianos.

